



XV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del comentario

Lecturas: Amós 7,12-15; Efesios 1,3-14, Marcos 6,7-13

El evangelio de Marcos continúa mostrando cómo Jesús va diseñando la identidad y la misión de sus discípulos. Comenzó con el llamado a los pescadores Pedro y Andrés, Santiago y Juan: “vengan conmigo y los haré llegar a ser pescadores de hombres” (1,16-20) y al recaudador de impuestos Leví: “sígueme” (2,14); prosigue con la elección de los Doce precisando su condición: “para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar” (3, 14). Ya se ha consignado también que “sus discípulos le siguen” (6,1). Ha llegado el momento de hacer una primera experiencia práctica de “misión”: “y comenzó a enviarlos de dos en dos”. Por el momento no se hace mucha precisión de lo que tienen que hacer. En el momento de la “elección de los Doce” se había indicado: “para enviarlos a predicar con poder para expulsar los demonios”. En las palabras finales de envío, el Resucitado claramente les ordenará: “vayan por todo el mundo y proclamen la Buena Nueva a toda la creación” (16,15).

Según parece, la identidad y misión de los discípulos se desarrolla en un doble registro, que mutuamente se reclaman: adhesión a la persona de Jesús, que se concreta en el seguimiento, y anuncio del evangelio, que implica confrontación -según la manera de pensar de la época- con los demonios o espíritus inmundos. Es decir, la vocación al seguimiento conlleva inseparablemente la misión evangelizadora en la realidad histórica de cada tiempo. Lo entendió y formuló bien Aparecida en la

* Ciclo B

expresión: “discípulos y misioneros”, o mejor aún: “discípulos misioneros”. En realidad, ese trata de prolongar y actualizar en cada época y lugar lo que Jesús realizó en su tiempo. Según los primeros capítulos de Marcos: anunciar el Reino de Dios, sanando y expulsando los demonios, que enfermaban y enloquecían a la gente.

Los envió “de dos en dos”. Algo quiere decir: la misión evangelizadora, aunque es vocación de todo discípulo, es fundamentalmente una tarea comunitaria, responsabilidad eclesial. Es importante el compromiso personal, pero se reclama el testimonio de toda la comunidad. Pero lo que más llama la atención en las palabras del envío, aunque no siempre las más tomadas en cuenta, es la exigencia de un estilo sencillo, sin signos externos de poder, simplemente confiando en la fuerza misma del mensaje que se anuncia y en el Señor que envía.

Así los discípulos lo habían visto y aprendido de Jesús y así parece que lo hicieron: “predicaron...expulsaban a muchos demonios... y curaban a muchos enfermos”. ¿Cómo asumir hoy nuestra vocación de discípulas y discípulos conjugando esa dimensión de adhesión personal a Jesús y la dimensión misionera de anunciar el evangelio en nuestra peculiar manera de estar presentes en la sociedad? Predicar en primer lugar con el testimonio. En Jesús seguramente resultó más interpellante que sus palabras, su testimonio de acoger, relacionarse y sanar a los insignificantes y despreciados religiosa y socialmente. Hoy sería la actitud y la práctica de una actitud solidaria y liberadora, rompiendo esquemas tradicionales de discriminación e indiferencia; expulsando los demonios de nuestra época: mentalidades, que se han impuesto y se han manifestado en este último tiempo de manera alarmante y escandalosa, de individualismo egoísta, de competencia y éxito individual a costa de olvidos, desprecios y marginaciones; sanando con nuevas formas de solidaridad traumas y heridas de la pobreza y el hambre, con secuelas en la salud mental. Sólo ese testimonio podrá abrir espacio y acogida a la Buena Nueva que inspira esas prácticas.

En las advertencias que en el envío hace a los discípulos, Jesús, con gran realismo, y alertado por su propia experiencia, cuenta con la posibilidad del rechazo: “si algún lugar no los recibe...”. Ya en Nazaret había advertido: “Un profeta solo en su patria... carece de prestigio” (6,4). Forma parte de la tradición del profeta enviado por Dios cuya misión es el anuncio y la denuncia. No a todos cae bien. Precisamente fue el caso de Amós, profeta del siglo VIII, como lo recuerda la primera lectura. Generalmente no es el éxito y la acogida favorable lo que caracteriza al verdadero profeta, más bien la resistencia y el rechazo. Pero su temple y perseverancia radican en que se reconoce profeta, no por iniciativa personal, sino porque ha sido llamado: “Yahvé me tomó de detrás del rebaño, y Yahvé me dijo: ‘Ve y profetiza a mi pueblo Israel’”. Jesús con frecuencia lo explicita con la referencia a “Aquel que me

ha enviado”. Es esta conciencia, interiorizada y orante, de haber sido enviado la que sostiene al profeta en su caminar muchas veces incomprendido y hostilizado.

La segunda lectura introduce la carta a los Efesios, de gran hondura teológica, que se irá leyendo en los domingos siguientes. Tras un muy breve saludo, el texto que hoy se nos propone, es una extensa oración de alabanza a “Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” por la bendición, elección y salvación que nos ha otorgado “para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo”. Es como una síntesis apretada del “misterio de su voluntad” realizado en la plenitud de los tiempos: “hacer que todo tenga a Cristo por cabeza”. En este misterio hemos sido incorporados “tras haber oído la Palabra de la verdad, el Evangelio de su salvación. y creído en él”. Y en él “sellados con el Espíritu Santo de la promesa”. Una formulación trinitaria y cristocéntrica del misterio de la salvación al que hemos sido llamados en absoluta gratuidad, desde “antes de la creación del mundo”. Oración de alabanza y acción de gracias, que se nos invita a meditar y prolongar, para reconocer y vivir con plenitud y alegría la vocación de hijos de Dios a la que hemos sido llamados. A nosotros, en Cristo, se nos ha revelado gratuitamente; pero, si recordamos el envío evangelizador que nos encargó Jesús, es para que, viviendo como “hijos”, lo anunciemos también gratuitamente en la práctica de la fraternidad y de la solidaridad. Y, siguiendo el testimonio de Jesús, esa fraternidad ha de mostrarse preferencialmente en reconocer a los pobres y postergados socialmente como personas igualmente queridas por el Padre, dignas por tanto de iguales derechos y reconocimiento. La densidad teológica del texto leído hemos de traducirla en la densidad del compromiso de justicia y fraternidad. De ese modo se hará verdad “que todo tenga a Cristo por cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra”. Ardua vocación y tarea, que la doliente realidad actual demanda de la comunidad cristiana.